

LIBROS CRÍTICAS



Video promocional de la ultraderechista francesa Marine Le Pen en un mitin en Villepinte. JEROME SESSINI (MAGNUM / CONTACTO)

ENSAYO

Democracia y “giro afectivo”

Manuel Arias Maldonado ofrece un magnífico análisis sobre cómo un mayor conocimiento del ser humano puede influir en algunas de nuestras clásicas percepciones políticas

POR FERNANDO VALLESPÍN

El “giro afectivo” ha llegado a la reflexión política. Antes, y casi siempre por influencia de las neurociencias, había sacudido a los estudios psicológicos, e incluso económicos. Nadie puede prescindir ya de análisis a lo Kahneman o dejar de hablar de inteligencia emocional. Nos faltaba su adecuada traslación a la teoría política. Y a este respecto este libro nos ofrece un magnífico estado de la cuestión. Su joven autor, uno de nuestros más fecundos polígrafos, llevaba ya tiempo enredado en estos temas, pero ha sido el triunfo del populismo, el advenimiento de la sociedad posfactual y el estallido de la influencia de las redes sociales lo que le ha conducido a ocuparse más sistemáticamente de ese “lado oscuro” de la realidad democrática.

No en vano, a pesar de la insistencia de Nussbaum y el feminismo en sacar a la luz ese continente semisumergido de lo afectivo, lo dominante en la ciencia política contemporánea era lo contrario, el tratar de reducir todo comportamiento político a los formalismos de la teoría de la decisión racional. Pero el autor es bien consciente de que ahora no se trata ya de mantener las rígidas distinciones entre pensar y sentir o razón y emoción, o de propugnar la máxima platónica del gobierno de la razón sobre las pasiones. Hoy sabemos de sobra que esa diferencia fundamental con la que operábamos ha dado paso a la postura a una distinta evaluación del problema de la cognición y sus límites. La manera en la que una u otra cualidad se entrecruzan son complejas, variadas y multifórmes.

Si hay un escenario donde esto se hace evidente es en la actual política democrática. No porque antes no es-

tuviera siempre presente en toda política, algo que sabemos bien por la tradición del romanticismo político, sino porque hoy parecen haberse roto los diques de la tradicional contención de los afectos, con las consecuencias conocidas por todos. El genio parece estar saliéndose de la botella. Estamos, en efecto, en la era en la que la “realidad sentida” comienza a reemplazar a la realidad factual, en la que las redes sociales rebosan de emocionalidad negativa —odio, miedo, envidia, resentimiento— y se imbrican de formas diversas a ese narcisismo institucionalizado del que hacen gala. La neomocionalidad virtual por lo pronto nos ha traído el *Brexit*, a Trump, y empuja hacia el autoritarismo descarnado en las que hasta ahora llamábamos “democracias electorales”.

El autor, sin embargo, no se rasga las vestiduras por algunas de estas consecuencias. En lo que yo considero que es la lectura correcta, el centro de su análisis gira más bien sobre cómo este mayor conocimiento que hemos adquirido de lo que es el ser humano puede influenciar algunas de nuestras clásicas concepciones políticas. En particular, el sacrosanto concepto de la autonomía individual, tan caro al liberalismo. Para cobrar conciencia de ese macrosujeto que llamamos “sociedad” no tenemos más remedio que recomponer el puzle de la identidad humana, siempre en relación especular —como nos recordaba Platón— con la polis. Y la tesis es que la conformación de la subjetividad no admite ya la lectura del sujeto en clave de un concepto de autonomía fuerte, el sujeto soberano, ni puede comprenderse tampoco desde el otro extremo, como hacen los posestructuralistas, como mera construcción del lenguaje, las epistemes o los discursos. Nuestra racionalidad es imperfecta, sobre el yo consciente

se apelonan alteraciones cognitivas influidas por las emociones, pero también por la saturación de las percepciones, los impulsos del tribalismo moral y un sinnúmero de sesgos. De ahí la aparición del sujeto pos-soberano.

Ese conjunto de influencias externas no impide la reflexividad, pero su presencia sí nos obliga a tener que dar cuenta de ellas. Hemos descentrado al sujeto soberano, pero recordemos que fue en la misma ilustración —en un D. Hume, por ejemplo— donde ese otro de la razón supo hacerse convivir con las máximas de la autonomía. Las fuentes del yo son plurales, pero eso no hará desaparecer al sujeto como una imagen en la arena.

A lo que sí nos obliga es a corregir y mejorar nuestras percepciones, a rebajar nuestros sueños de sociedades reconciliadas, racionales o utópicas. Por eso el autor se posiciona en la situación rortiana del “irónico melancólico”, en una política menos ideológica y más pragmática; en la “búsqueda prudente de soluciones imperfectas para problemas solubles”. La autonomía sigue viva, pero más como ideal regulativo que como expresión de posiciones reales. No es imposible alcanzar mejores niveles de civilidad o sociedades más reflexivas, más inclinadas a la deliberación que al fanatismo. Pero siempre habremos de contar con la interferencia de los afectos, que, como casi todo en el hombre, son ambivalentes: “Hay emociones detrás de la lucha por la libertad, pero también detrás de los intentos por suprimirla”.

La democracia sentimental

Manuel Arias Maldonado
Página Indómita, 2016
448 páginas, 24,90 euros

POESÍA

Clásico posmoderno

POR LUIS BAGUÉ QUIÉLEZ

A mitad del último libro de Abraham Gragera descubrimos que *O Futuro* es la leyenda impresa en un azulejo expuesto en un mercado de Altura (Portugal). Hasta ese momento es probable que el lector haya asumido una interpretación disyuntiva que exigiría oponer al sustantivo del título otro término “en fantasma”; pasado o presente. Este *misreading* tiene algo de acertada intuición, pues en realidad *O Futuro* es una odisea subjetiva que transita entre la historia familiar y el horizonte del “puro porvenir”: “Pero soy / gente sin peso, población flotante”. La voluntad de apuntalar el discurso en unas coordenadas vitales específicas permite registrar el crecimiento de una identidad: la narración de una infancia marcada por la renuncia, los versículos que reconstruyen la memoria política, la lírica amorosa (boda civil incluida) como asidero o la elegía por la muerte de un amigo. En contraste con ese tejido superficial, el intertexto bíblico funciona como la trama subyacente que integra las anteriores facetas en un todo orgánico. Frente a las profecías apocalípticas, Gragera cultiva la “cruda realidad / de las metáforas”, apela a los vínculos comunitarios a través del salmo y pronuncia una plegaria profana a favor de la caducidad: “No vi en tu cuerpo propaganda alguna / del eterno retorno de la eterna juventud”. En su viaje desde la Cafarnaúm extremeña hasta la gentrificación urbana, el yo aspira a fundar los cimientos de un proyecto civilizatorio. Con *O Futuro*, Gragera demuestra que es el más clásico de nuestros posmodernos: uno de esos poetas capaces de escribir grandes libros con las pequeñas cosas.

O Futuro

Abraham Gragera
Pre-Textos, 2017
100 páginas. 16 euros

ENSAYO

El pasado no pasa

POR M. A. SÁNCHEZ-VALLEJO

Contar una guerra no es nada fácil bajo el apogeo mediático, con todos los focos rebosando sangre, pero más difícil resulta hacerlo en eso que ha dado en llamarse posconflicto, “cuando el efecto CNN desaparece”. La de Bosnia (1992-1995), como hoy la de Siria o en los ochenta la de Libano, implica además una complejidad de actores y de tramas que sólo un conocimiento profundo, casi cotidiano, del terreno permite desentrañar. Como delegado de la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE) en el enclave serbo-bosnio de Foca, el politólogo Borja Lasheras presenció episodios imprescindibles para hacerse una idea ajustada de lo sucedido durante la guerra: la apertura de fosas comunes, ominoso recuerdo de la limpieza étnica; los difíciles intentos de acercamiento entre las partes (serbios de un lado, croatas y musulmanes al otro), tan distantes de la reconciliación. Lasheras lo cuenta en *Bosnia en el limbo: testimonios desde el río Drina*, su primer libro, un apasionante y vívido reportaje trufado de análisis, o viceversa. La descripción de personajes y paisajes —la geografía como carácter y como destino— se intercala con un examen de las causas del conflicto y sus consecuencias: cómo por ejemplo, en aras de la estabilidad de los Balcanes, Occidente tolera un *statu quo* en manos de autócratas (demócratas hoy, pero en su día, algunos, señores de la guerra). O cómo el nacionalismo, pese al tópico, no es el principal problema de la región; también lo son el déficit democrático o la corrupción, lastres para una región de la que Europa está clamorosamente ausente.

Bosnia en el limbo

Borja Lasheras
UOC, 2017
159 páginas. 17 euros